

LO TRASCENDENTE

LÓPEZ DE MESA.

Luégo que me hube separado de Marco, comprendí que el entusiasmo de sus palabras dificultaba un poco la meditación serena. Hay en el espíritu humano una como elación que nos hace tender a otras esferas en busca de los misterios más recónditos. La historia del pensamiento no es otra que la lucha por elucidar ese quid arcano que se presiente en forma de vagos anhelos, sin que podamos reducirlo a una imagen precisa, ni concretarlo en fórmula intachable.

Mas ello existe, y aunque la construcción ideal de Marco fuese posible, quizá otras rutas, muchas inexploradas aún, lleven el pensamiento hacia una mejor solución de estos problemas. Me quedaba un vacío en la tesis que él exponía, y era la ridícula existencia de esa energía universal sin finalidad consciente. ¿Por qué existe eso, y para qué? Las religiones tienen la simpática preocupación del destino humano, y hay en sus enseñanzas para mucho consuelo. La religión es una filosofía con imágenes precisas, mil veces más expresiva y convincente que todas las divagaciones filosóficas. Es la mejor trinchera contra el dolor humano y el último reducto de la esperanza.

Y como expusiera todo esto a Marco, él se ríó apaciblemente.

Es, me dijo, que el hombre continúa niño aun en los más delicados problemas. Es necesario saber que sólo halla convincente lo que satisface a su deseo, y es neces-

rio también mostrarle las verdades gráficamente, con dibujos coloreados, para que le diviertan: como los niños, siempre como los niños.

Sin embargo, sus palabras encierran un fondo de verdad: otras rutas debe de haber que nos guíen a la solución del enigma universal. La disciplina incesante de la inteligencia y el acopio creciente de datos científicos puede crearnos nuevos derroteros, o una potente mentalidad descubrirlos con las nociones del día. Es de verse cómo cada uno dispone de facultades especializadas para ciertos procesos psíquicos. Siempre he creído que la vocación no es sino una inclinación que fomenta el agrado con que se ejercen facultades eficaces. En el espíritu del apóstol hay claridades que se escapan al común de las gentes y que determinan la convicción de aquél; claridades, o mejor, clarovidencias, que dependen de una formación mental desarrollada en un sentido especial que permite ver soluciones en donde los demás sólo hallamos puerta cerrada. Así en general, cada uno tiene su modo de resolver las cosas siguiendo procesos, muchas veces al parecer errados. ¿Quién no ha sentido la claridad con que de cuando en cuando se nos iluminan interiormente ciertos problemas? Hay muchas maneras de entender, porque el conocimiento se conduce por asociaciones, y sabido es cuán distintas y aun diferentes son las capacidades de asociación, y cómo en veces son excepcionalmente confusas por la delicadeza de la mente asociadora que halla nexos donde nosotros no hallamos sino discontinuidad. Y ahí tiene usted cómo es satisfactorio ver que la tolerancia, principio de urbanidad y aun de moralidad, tiene tan profundos fundamentos psicológicos; y aceptar, lo cual puede ser una clave para la interpretación de los grandes pensadores, que el modo de explicar los problemas superiores, como la vocación a un oficio, depen-

de en último análisis de la modalidad de nuestra mente, condicionada en sí, por la educación, modalidad que tiende a rutas que le son más fáciles, siquiera desconcierten nuestro espíritu.

Voy a referir a usted lo que vieron mis ojos y nunca podré olvidar. Es sencillo, y no obstante fue para mí una revelación de muchas actitudes psíquicas, y perdura como una enseñanza incontrovertible.

Vivían en una de nuestras próximas aldeas dos locos inofensivos, de muy simpático carácter y costumbres intachables, por lo cual gozaban del cariño de todos los aldeanos, y de su amparo fraternal. Iban y venían por calles y casas, aceptando la frase festiva de los unos o la ofrenda misericordiosa de los otros, con esa despreocupación del futuro con que van marchando por su vida los perturbados de la mente. En las aldeas el loco y el mendigo gozan de una caridad que para calificar exactamente llamaré afectuosa, pues que se les mira como algo propio a la vez que como motivo para desahogar la rebotante bondad de los corazones sencillos.

Era uno de ellos una joven de algún atractivo y suaves maneras, que padecía rara perturbación: figurábasele ser casi imperceptible, fina y diminuta como una florecilla de los prados, e interrogaba ansiosamente a quien le prestase atención: es verdad que no me ve?... Soy pequeñita, tan pequeña como la punta de una uña, como una florecita.... mire; ya, ya casi no se me puede ver. Soy pequeñita, así, así.... y señalaba diminuta porción del índice.

El otro era un hombre ya casi anciano que en todo parecía cuerdo menos en un capricho permanente. Y era que en las horas de la tarde en un paseo cotidiano a los afueras de la aldea, íbase por los prados volcando poco a poco las piedras que encontraba para darles descanso, hasta llegar a una inconmovible por su mole, an-

te la cual se detenía, trataba de removerla haciendo palanca con su bastón, empujándola con las manos, apoyando todo el pecho en esfuerzo concentrado, hasta que fatigado ya, decía: aún no quiere descansar, y desandaba lentamente su camino.

Mas hé aquí que detrás de él venía su compañera de infortunio volviendo las piedras a sus primitivos puestos, cuidadosa de que no tronchasen las florecitas del rededor.

Noble él, atendía al cansancio de las piedras; y noble ella protegía la vida de las flores. Y el uno deshacía la labor del otro, desconociéndose mutuamente la bondad de sus propósitos.

Una rara perturbación de la cenestesia llevaba al sensorio común de la joven errada estimación de su cuerpo hasta hacerla figurarse diminuta, imponderable, como una flor. Sobre el dato erróneo de sus sensaciones su discernimiento buscó el símbolo de las flores y luego quizá una fraternidad con ellas que la hizo su protectora.

En él había una alteración cerebral, algo congestivo talvez, que le causaba sensación de peso en la cabeza, sobre lo cual edificaba la imaginación de poseer dentro una piedra y el deseo de descansar removiéndola. Y por qué no? Aquella mole resistida a sus esfuerzos semejava vagamente esa otra suya que allá dentro tampoco permitía descanso.

Quizá en la vida el obrar y el pensar y el querer de los hombres no se contradigan por maldad tampoco. Bello sería poder pensar con Sócrates que nadie peca voluntariamente, y en estados interiores a las veces indeterminables, condicionar nuestra actitud, nuestras contradicciones, nuestra irreductible tenacidad en la porfía. El recuerdo amable de este par de locos aldeanos mueve en mí la misericordia de una permanente tolerancia.

Así también la intransigencia halla su explicación: Taine cree que a cierto período de la vida humana corresponde una fijación de las ideas que él llama gráficamente cristalización, porque luégo de verificarse ya es difícil, punto menos que imposible, hacerlas variar. La explicación de esta observación sensata estriba en la sistematización de las ideas. Cada entendimiento halla en la experiencia personal y en la tradicional que le transmite la educación, los elementos necesarios para la construcción de su ciencia, para la sistematización de sus ideas. Esta sistematización se verifica en el orden que determinan la educación—la disciplina impuesta a su entendimiento—y la modalidad propia de ese entendimiento. Con el ejercicio combinado de estas dos influencias, las ideas se van amoldando unas con otras en ligazón ordenada que constituye todo un sistema armónico. Al meter una idea nueva en ese sistema, en esa ordenación mental, ocurre una de dos cosas: o es armonizable con la orientación general de los conocimientos adquiridos, y entonces hay fácil intelección por asociaciones y comparaciones explicativas; o choca con esa orientación, desconcierta la mente, produce pena y es antipática, rechazable, *errónea*. Más aún, si el que trata de imponerla es muy tenaz, tiene que sufrir al fin y al cabo una pedrea por perturbador del prójimo.

Todas estas divagaciones psicológicas me hacían poca impresión y para salir de ellas le dije intencionalmente: parece que usted se va quedando en zaga en esto de los problemas trascendentales. O estoy errado, o la filosofía contemporánea viró de rumbo y va en pos de lo ideal con un criterio raro si se quiere, pero en verdad profundo y promisorio. El mismo Spencer, culmen de los sistemas experimentales, dejó una puerta de escape por donde ha penetrado ruidosa y más que nunca ambicionada

la aurora de nueva fe. Qué buscan Bergson y Boutroux, Wundt, Höffdin y James cuando desde el pontificado indiscutible de la filosofía contemporánea, hijos de una filosofía experimental, preparados en la sabiduría del siglo, abogan por el mundo suprasensible, y con rara potencia mental y corazón desligado de aberraciones enojosas piden la revaluación del materialismo infecundo y descorazonante?

—Todo ello es verdad, y muy hermosa. Quién sin dolor se dejará llevar por las olas de la desesperanza en el naufragio de la ilusión suprema del corazón humano? Todos van, permítame usted que diga, todos vamos con la mano crispada buscando el apoyo redentor. El corazón quiere que exista, y la pobre mente humana va locamente desconcertada en busca de él. Y lo hallará un día. Quizá esté ya próximo. Mas aun no está visible. La filosofía contemporánea es el tanteo de iniciación en nuevos rumbos imprecisos todavía y raros.

Recuerda usted el hermosísimo cuento de Clarín titulado *El Doctor Glauben*? Es un profesor que todo lo sabe, que ha ahondado con tenacidad en el conocimiento de los sistemas contemporáneos de filosofía y de ciencias naturales y que sin embargo sólo predica esta sencilla idea: el Padre nuestro que está en los cielos. El melancólico pensador es un enigma: enigma por la prodigiosa tenacidad con que desbarata las más atrevidas enseñanzas de la sabiduría del siglo, y enigma por esa afirmación única, supremamente sencilla y bondadosa del Padre nuestro que está en los cielos. Qué ocurre en el fondo de ese corazón humano? Ha visto rota una vez ya la vida de sus afectos, conoció la fragilidad de la existencia y responde ante sí y en el mundo dilatado y esquivo de dos seres frágiles, sangre de su sangre, que si él desaparece sucumbirán probablemente en la miseria y el dolor. En previsión de ese naufragio de los seres que-

ridos, su corazón de padre busca la paternidad del que está en los cielos y con la fuerza imperativa de un corazón amante, deshace teorías, desbarata sistemas y muestra como única verdad, sobre el mundo desolado, la Providencia de los huérfanos, suave y luminosa como un arco iris.

Y luego, preocupado de mi ataque incisivo, varió de tono y me replicó:

Ahora bien, usted que tanto echa menos la precisión tranquilizadora de las religiones, sabrá que ellas descansan en el concepto de una causa infinita. Pudiera, pues, decirme ¿cuál es el fundamento último e inquebrantable de esa idea aristotélica?

—Hay muchos, le dije.

—No, señor. Hay sólo uno: el absurdo de una serie indefinida de causas. Pues bien, dígame una paradoja: Una causa infinita es una serie indefinida de causas, pero no ya en idea vaga, inimaginable como es una serie, sino vistosamente engalanada de forma y de color, en la apariencia de una unidad gigantesca. ¿Sabe usted que el sofisma tiene para días de meditación? Es un cambio de valores, sutil, casi inapreciable, pero real. Sumando causas y causas se fatigaría la mente hasta desmayar y declararse vencida. Pero si allá en lo remoto de las últimas causas imaginadas coloca una gigantesca que encierre en sí la capacidad de engendrar indefinidamente tanto cuanto usted vaya imaginando, con sólo crecer la potencialidad de ella a medida de lo imaginado, tiene hallada la causa infinita. Empero usted no habrá hecho más que reemplazar la cantidad indefinida por la calidad indefinida. Al número incontable ya que lo abrumó por la repetición de las unidades que contiene, sustituye la unidad sencilla, fácilmente inteligible, con cualidad que no necesita cálculo embrollado y desconcertante. Si a usted le dicen que imagine el número más alto que pueda imaginar, le ponen a

pensar eternamente. Mas si le dicen que imagine un color infinitamente intenso, descansa usted en la imaginación de la mayor intensidad de que es capaz por la experiencia de su retina. Tal así ocurre en la serie indefinida de causas y en la causa infinita. Aquélla, numérica, no lo satisface, no lo tranquiliza, porque es insaciable. Esta, cualitativa, será mayor o menor según la potencia imaginadora, pero no desconcertante. La primera es una X indescifrada, la segunda es la N, exponente de generalización.

Pero si podemos criticar y aun echar por tierra muchas hipótesis en que descansa la fe de la humanidad, supremamente difícil es formarse una idea normativa, darse alguna solución de estos inefables misterios de la naturaleza humana y del universo.

Después de haber pensado mucho, y ya envejecido, sólo me quedan tres ideas imperfectas aún, tres fragmentos de idea: el concepto de una energía universal como substancia de todos los seres; la aceptación del hecho cumplido como norma de conducta y de verdad; y el proceso de sistematización como ley de todos los fenómenos.

Mas estas cosas fundamentales hay que tratarlas parsimoniosamente. Es preciso llevar a su ánimo el convencimiento de que no son meras imaginaciones sino grande esfuerzo constructivo. Hasta ahora no hemos podido penetrar al fondo de estos problemas, y vagando en la superficie es imposible llegar a él. Tratemos de ver cuál ha sido la evolución del pensamiento humano acerca de estas cosas, y luego veremos qué apoyo nos ofrece la ciencia contemporánea para esclarecer nuestras ideas. ¿Que ello es arduo y confuso? No importa: Aristóteles dijo bellamente, «El éxito es la flor de la actividad, como la belleza es la flor de la juventud».